

la de aquel conmovedor *Sanko* que figura en un precioso cuentecillo de Sienkiewicz; y para eso puede servir el piano; para revelar las disposiciones maravillosas de los que las tengan. Por lo demás, el piano, en la Europa civilizada, es como la *valaika* en Rusia y como el guitarrillo ventrucho en el Japón: un entretenimiento para todos y á merced de todos. Arte, sólo en casos raros.

\* \*

Y puesto que de arte hablamos, recordemos que estos días se ha colgado en palacio una copia de Murillo, firmada por *Isabel de Borbón* y fechada el año 1848. La noticia sorprende á muchos, que ignoraban que hasta mediados del siglo, los reyes y los infantes tenían su maestro de dibujo y pintura, y practicaban con bastante asiduidad. Los maestros no eran grano de anís: D. Vicente López, D. Federico Madrazo... La reina gobernadora, Cristina de Borbón, expuso «con aplauso de la corte y del público» algunas copias muy notables. Pintar constituía entonces parte de la educación de un caballero ó de una dama. A la verdad, lo considero preferible al piano: no hace ruido, y adorna las paredes.

\* \*

Seré de muy mala entraña, pero no puedo afligirme con la muerte de la reina Victoria. No es por ningún motivo relacionado con la guerra de los boers por lo que no puedo afligirme. Cabe profesar una simpatía inmensa á ese gran pueblo luchador y viril, sin alimentar rencor alguno contra la soberana de Inglaterra y emperatriz de las Indias. Sólo que seamos razonables: las gentes se han de morir alguna vez. Y cuando se mueren á los ochenta y un años, después de una existencia colmada de todos los bienes y todas las caricias de la fortuna, de todas las bienandanzas de la familia — esposa enamorada y correspondida, dichosa madre, veneradísima abuela y bisabuela; y además, idolatrada reina de una nación cuyos destinos son cada día más brillantes y radiosos; y, por contera, opulentísima propietaria, suntuosa coleccionista de perlas, especialista en encajes, dueña de palacios de hadas en comarcas que respiran romanticismo; — cuando se muere, digo, después de una vida tal, ¿qué se deja por hacer en el pícaro mundo? ¿Qué se malogra?

Me objetarán que por lo mismo... Quien tanto pierde, mucho sentirá dejar el mundo. Pero aparte de que el apego á la vida no es menor en el pordiosero que se calienta al sol en una esquina que en el monarca de doble diadema, debe considerarse cómo murió la reina Victoria, perdiendo lentamente y sin sufrir las facultades y el sentido. Feliz hasta la última hora, ni aun supo que iba á despedirse de cuanto heroseaba y doraba aún, con reflejo de alegría, su venturosa ancianidad. La relación de su enfermedad última es la de un decaimiento natural en la vejez: ni dolores, ni conciencia de su estado. A veces se paralizaba su lengua; otras su estómago, fatigado, no quería digerir. Su cerebro se cansaba; sus nervios se alteraban un poco; tenía somnolencia y decaimiento; y por fin, sin un instante de calentura, dulcemente, expiró como había vivido: rodeada de su familia y entre las aclamaciones de simpatía y amor de una nación que algunos consideran la primera del mundo.

\* \*

Sin embargo, el médico que refiere los últimos instantes de Victoria I, afirma que contribuyeron á su enfermedad y fallecimiento las penas domésticas y las ansiedades é incertidumbres del ejercicio del poder... Esto demuestra, si necesitase demostración, que todo lleva su contrapeso; que el mayor bien se compra y se paga á precio altísimo. Desde lejos, ¿qué destino más hermoso que el de la reina constitucional de Inglaterra? Y la historia lo dirá así; incluirá su reinado entre los gloriosos fuera y entre los tranquilos dentro; contará las prosperidades, los adelantos de la nación y de la raza; alabaré la prudencia, la sensatez de la mujer que hizo arraigar la dinastía usurpadora de Hannover y olvidar para siempre la legítima, pero funesta, de Estuardo; lo que no podrá... es sondear el corazón de Victoria I, y el corazón no siempre se colma con lo que debería colmarlo, ni se aquieta en medio de las grandezas y bienes del mundo, ni aun entre las satisfacciones más puras del hogar y de la sangre. Hay una medida de dolor que se colma de una ó de otra suerte para cada mortal, y la regia abuela, que vió sucumbir al nieto en las tierras lejanas del África, en una guerra injusta, acaso conoció amarguras de imposible alivio,

y pasó horas en que se cambiaría por cualquier vejezuela del Continente que tuviese el derecho de no enviar á la guerra á sus hijos.

\* \*

Otro destino colmado, lleno hasta los bordes, dulce cuanto cabe aquí, fué el de Verdi el músico. Estos patriarcas del arte, los Víctor Hugo, los Verdi, salvados de la noche de olvido é indiferencia que envuelve á los viejos por la luz del arrebol magnífico de su ocaso, también pueden contarse entre los viejos felices. Verdi ni aun conoció el desencanto de que la tendencia artística por él simbolizada caía bajo el desdén de una nueva generación musical. No hubo para Verdi ese desdén. El supo prevenirlo adaptándose, modificando sus procedimientos, dando como fruto lozano de su verde vejez la hermosa *Aida* y el jugueteón, fresco y humorístico *Falstaff*.

Y en Italia, comprendiendo lo que pierden al desaparecer ese astro de primera magnitud en quien sobrevivía la época radiante del romanticismo, ha procedido como debe: el gobierno ha demostrado que ese duelo por un artista es duelo público, oficial y nacional. Aquí, donde la esfera oficial se encuentra tan aislada de la del arte que sólo las reúne á veces, casualmente, la política — cuando, verbigracia, hacen senador á un poeta porque también fué ministro, — aquí leemos con asombro los acuerdos adoptados por las Cámaras italianas.

En ellas han hecho el elogio de Verdi diputados de todos los partidos, incluso del socialista. Subrayo, porque aquí el socialismo no ha llegado á las Cámaras, y si llegase, ¿quién es capaz de jurar que el arte mereciese su entusiasmo, ó por lo menos sus respetos?

Y después de ese elogio en que vibraban las más hondas aspiraciones de la raza, su ideal artístico, la Cámara decidió que por espacio de una semana sus paredes estuviesen vestidas de luto; que se diese el pésame á los Ayuntamientos de Busseto y Milán; que una comisión de la Cámara asista á la manifestación conmemorativa de Verdi, y que la sesión se levante en señal de duelo. En Roma, en Milán, en Turín, en Venecia, la gente expresa su sentimiento con afectuosas demostraciones. No se quedarán atrás los reyes. La dinastía de Saboya siempre ha extremado el halago para los artistas, los escritores, los sabios, los poetas. Muerto César Cantú, la figura más europea de Italia era el autor de *Aida*. No llegaron á acercársele los jóvenes, los nuevos, los Mascagni, los Leoncavallo... La ley de diferencia de estatura entre las dos generaciones no se ha desmentido en este caso tampoco. El coloso era Verdi.

\* \*

Se acerca el Carnaval y se preparan los disfraces. He dicho otras veces que el Carnaval es un difunto que no muere nunca. Se le entierra y saca una mano, como los asesinos de leyenda y cuento terrorífico. Esa mano agita una cabeza de Locura con cascabeles, y al son argentino y gracioso se congregan los dementes de cuatro días. Vedles cubrir el rostro con el antifaz; vedles envolver el cuerpo en oropeles y trapos de colores. Por algún tiempo olvidarán los males, las preocupaciones incesantes y mezquinas, los desengaños y los afanes de la ambición, las puñaladas del amor... La ilusión reirá un instante, mostrando sus dientes de perlas en su boca primaveral y purpúrea. Es cosa muy buena la ilusión, y no comprendo por qué se maldice del Carnaval.

¿Quién más contento que el individuo vestido de demonio rabudo, ó de mamarracho envuelto en una colcha chillona, ó de boer aprovechando la sencilla indumentaria de un cazador de los que salen al monte los domingos? ¿Quién más feliz que la mamá cuando lleva de la mano á su chiquilla convertida en manola, en charra, en turca, en maravillosa, en petimetra, en Josefina, en *Madama Pompadour*? ¿Y cuando sube á la fotografía, y retrata á la criatura? ¿Y cuando se la lleva á enseñar á las amigas de confianza, que la devoran á besos y la atracan de dulces?

No se cambia entonces la mamá por nadie de este mundo. Pasea su juguete vivo por la villa y corte, recogiendo elogios y recreando la vanidad. La niña va muy seria, convencida de que la miran y de que obtiene un *succés*. Es cosa de comérsela... Pero á la noche se acuesta rendida, y por la tarde ha tenido dos ó tres *perreras* porque la molestaba la peluca, la apretaban los zapatos, se la hincaban en la carne las joyas, la dolía la cabeza y la hacía guerra el sueño... y la naciente indigestión. ¡Quiera Dios que no acabe la broma en escarlatina ó difterial!

EMILIA PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EL PIANO. — ARTISTAS CORONADOS. — VICTORIA I.

VERDI. — PRELUDIOS DEL CARNAVAL

Manifiestan admiración estos días los periódicos ante la precocidad de un muchacho de trece años, Jesús Guridi, nacido en Vitoria, que toca el piano con maestría, y le anuncian una carrera de gloria y triunfos. Mucha gente piensa contribuir con dinero para que pueda completar sus estudios fuera de España. Bien está; no discutamos nunca ningún entusiasmo; pero entonces, ¿qué guardaremos para el otro niño pianista (éste sí que es niño de veras), Pepito Arriola, el gallego de Betanzos? ¿Qué premio, qué ovación, qué laurel para sus *tres años y medio* de edad? ¿para su organización fenomenal y prodigiosa, que causó asombro á psicólogos y filósofos como Richet? Sería preciso erigirle un monumento.

\* \*

Todo vale y nada debe despreciarse; pero yo confieso que esa habilidad del piano (salvo en casos excepcionales como el de Pepito Arriola), me parece más estimable que admirable. Es un ejercicio mecánico y manual. A no presentar excepcionales dotes, los pianistas no merecen el alto nombre de *artistas*. Verdad que también suelen aspirar á este dictado los fotógrafos. Claro es que en todo cabe *arte*, hasta en la manera de disponer unos dulces en un platillo; pero si por arte se entiende algo más que la destreza, si traducimos el arte en el sentido de *creación*, entonces es preciso no prodigar el título de artista á cualquier aprovechado alumno, de esos que se desencuadernan las falanges haciendo escalas arriba y abajo del teclado y molestando á los vecinos. Esto no va contra el chico de Vitoria, que acaso sea una organización musical privilegiada, como